

H2O³

amar mi territorio

Edita:
Cátedra Universidad Empresa
Arquitectura Sostenible
Bancaja Habitat.

Directora:
Ana Lozano Portillo

Diseño y Maquetación:
Aída Ruiz Taroncher
Francisco Requena Crespo

H20 autoriza a reproducir
cualquiera de sus textos o
imágenes, citando siempre
la procedencia.

Esta publicación ha sido
realizada para su
distribución gratuita.

El papel empleado en
esta publicación es
respetuoso con el medio
ambiente.

AMAR MI TERRITORIO es la intervención, con formato de ponencia, que presenté en el Curso Medio Ambiente. Un medio de oportunidades que tuvo lugar en la programación de la XVII edición del Foro Universitario Juan Luis Vives.

En ella expuse algunas ideas todavía muy elementales acerca del concepto de innovación territorial, ligado al de sostenibilidad y al de gobernanza, en un intento de acercamiento a disciplinas muy complejas, desde la arquitectura hasta el urbanismo.

Me atrevo a sumarla a los documentos que van componiendo una cada vez más completa colección de H2O³, como material de reflexión y, quizás, como el inicio de un proceso, o al menos, de un conjunto de interrogantes.

José María Lozano Velasco.
Doctor Arquitecto. Catedrático de Proyectos Arquitectónicos.
Responsable Cátedra Arquitectura Sostenible Bancaja Hábitat.

Paisaje Mínimo en La Combes (Francia). Jerome Magicworld



A riesgo de que me tachen de cursi he decidido titular **Amar mi territorio** esta breve intervención en el Curso Medio Ambiente. Un medio de oportunidades, del XVII Foro Universitario Juan Luis Vives, utilizando, además, el posesivo en primera persona con una sana intención de compromiso más allá de los habituales llamamientos simplemente teóricos. Voy a hablarles de optimización de recursos en un acercamiento muy particular a lo que venimos denominando como desarrollo sostenible y voy a hablarles de innovación, de innovación territorial, pretendiendo que de estas dos variables se deduzca una estrategia que incida fundamentalmente en ese otro concepto que venimos manejando como gobernanza (para referirnos al buen gobierno) territorial y del que, probablemente, se ocupe alguno de mis prestigiosos compañeros de sesión.

Les confesaré que ese amor que declaro como objetivo principal no es ajeno a uno de sus más frecuentes corolarios: el de apropiación; dicho sea en esta ocasión con absoluta dignidad y nobleza, sin atisbo de codicia, sin pretensión de abuso, sin consecuencias especulativas, sin malicia si todavía se puede mantener el término alejado de todo lo que conlleva urbanismo u ordenación territorial.

No van a estar ausentes, en consecuencia, las cuestiones identitarias que se compadecen con un adecuado manejo de la noción de paisaje, ni mucho menos las directamente relacionadas con el término y esa fea costumbre de entenderlo en un registro falsamente bucólico e improductivo, excluyente de la obra civil, de la arquitectura, del arte, e incluso del agro.

Para hablar de innovación territorial, y aunque resulte innecesario al selecto auditorio de este foro, me permitirán que -citando una vez más al profesor Justo Nieto- les recuerde esa definición instrumental por la que entendemos por investigación la creación de conocimiento a partir de la utilización de recursos materiales (dinerito, al fin y al cabo) y, entendemos por innovación la creación de riqueza a partir del conocimiento. En el fondo no deja de ser una manera de cerrar un ciclo vital, la consecuencia natural de lo que en el mundo académico llamamos investigación aplicada, el mejor reconocimiento del valor de la investigación en sí misma, de la investigación básica -o pura si se quiere- y la justa reciprocidad con la sociedad que ha dispuesto inicialmente los recursos de los que ésta o aquélla se han nutrido.

El Peine de los vientos en San Sebastián (España). Eduardo Chillida



Pero también me parece interesante recordarles que suele decirse que la innovación carece de método por mucho que, como en cualquier otro proceso racional o científico, se conozcan y valoren los antecedentes, las analogías o los contrarios, y que cada operación innovadora tiene una singularidad en sí misma que obliga a la creatividad y al riesgo medido.

Hablar, por tanto, de innovación territorial (permítanme que eluda una definición disciplinar que tal vez resultara contradictoria con el propio espíritu innovador) significa hablar de la utilización del conocimiento del territorio para la producción de una riqueza territorial que, obviamente, no sólo pretendo medir con valores de productividad económica, sino también mediante baremos estéticos y medioambientales.

Por otro lado no creo escandalizar a nadie -y mucho menos a nadie de los presentes- si les digo que en el caso del territorio de esta comunidad, al que de alguna manera me gustaría estar prestando una atención específica y que, desde luego, no pierdo de vista como referencia de este modesto discurso, ya es tiempo de "pasar a la acción"; se acabaron las diagnosis, las prognosis y las propedéuticas; estamos ahitos de leyes, decretos y reglamentos manejados imprudentemente por los políticos como armas arrojadizas contra sus adversarios, por los funcionarios como celadas y distintivos de un poder mediocre ejercido en muchas ocasiones con el resentimiento del que no ha querido (o no ha sabido) "buscarse la vida en la calle", por los particulares como códigos secretos para iniciados en el oportunismo o en la pura especulación. Aunque, tranquilícense, no por todos los políticos, ni por todos los funcionarios, ni mucho menos por todos los particulares. Es momento -por supuesto que a mi modesto entender- de abandonar la planificación convencional y de sustituir las herramientas punitivas o simplemente preceptivas por aquellas otras más prospectivas y propositivas.

Velocidad en el Puente del Alamillo de Sevilla (España).
Miguel Ángel Iglesia Calderón



Por mi militancia en lo arquitectónico les ruego que acepten ustedes determinadas limitaciones que hacen patente mi preocupación principal por la construcción del territorio, por las mal llamadas infraestructuras y los hitos edilicios que las puntean o representan. Me es más grato referirme a ellas como "estructuras territoriales" dada la importancia que adquieren en la definición formal y espacial del territorio y, por ende, el protagonismo de las mismas tanto en su capacidad funcional y productiva como en su calidad ambiental y en su grado de confortabilidad. De manera que a los trazados viarios (autovías, carreteras, caminos, túneles y puentes) y a los ferroviarios (alta velocidad incluida) incluidas todas las instalaciones complementarias que convienen, deberemos sumar no solo los puertos y los aeropuertos sino también, las estructuras generadoras de energía (desde la renovables hasta la nuclear) y -de primera importancia en esta Comunidad- los sistemas hídricos (desde las presas y los viejos acueductos hasta los trasvases y las desaladoras, por no citar el ciclo integral del agua, depuradoras incluidas).

Y ya habrán colegido de todo ello que entiendo que no es utopía pensar en la construcción territorial acercándonos a su resultado mediante modelos analógicos que permitan atribuir resultados aunque la forma final de los mismos corresponda, como siempre, a sus actores específicos y a su propia responsabilidad empresarial o profesional, arduamente supervisada por los diferentes estamentos administrativos.

Si la particular reformulación que suelo hacer del concepto de sostenibilidad, incluida la observación de que es más propio hablar de desarrollo sostenible que de sostenibilidad como sustantivo, es de aplicación -¡y cómo no va a serlo!- en el territorio, me interesa indagar en lo que debe ser optimización de recursos. Humanos para referirnos en primer lugar a la relación del individuo con su territorio -ése que debe amar- en términos de identificación y de confort; lo que obviamente supone establecer con claridad la capacidad de crecimiento demográfico proporcionada a los recursos geográficos de éste, la movilidad de las personas en función de sus necesidades vitales y laborales y, desde luego, la emoción estética en su percepción. Materiales para valorar con cierta precisión su cuantía económica y un balance equilibrado entre esfuerzo inicial (inversión financiera si se quiere) y posterior mantenimiento (incluida la reinversión y la mejora) y por supuesto, la eficiencia de las materias primas y su transporte y la eficacia de los procesos y sistemas constructivos.

Velocidad Snake. Museo Guggenheim Bilbao. Richard Serra



Y Naturales, para tener en cuenta la incidencia en el equilibrio medioambiental de todos y cada uno de los elementos que intervienen en el desarrollo, desde la implantación y la extracción de materias primas hasta el coste energético o las emisiones o residuos durante la construcción o en su utilización definitiva. Y como siempre suele ocurrir los tres aspectos se encuentran tan interrelacionados que únicamente a nivel analítico es factible su individualización.

No voy a evitar en este punto insistir en la necesidad de desechar esa idea de impacto ambiental con connotaciones habitualmente negativas por la que se trata de demostrar que una nueva intervención lleva implícita una metodología paliativa, compensatoria en ocasiones, de su incidencia en el medio, sin atreverse a aspirar a lo que me gusta denominar un impacto ambiental positivo, capaz no sólo de respetar sino también de poner en valor el entorno en el que se incluye. (Y valga esta consideración para entornos urbanos y muy especialmente para la escena -paisaje, si se quiere- urbana en los cascos históricos, sean centrales o periféricos).

Y sin terminar todavía con esta cuestión -forma circunloquial que intencionadamente conviene a este deshilvanado discurso más de ambiciones que de certezas- regreso a la idea de innovación aplicada al territorio que apenas he enunciado en mis primeras palabras. Y vuelvo al concepto de creación de riqueza que los innovadores consideran imprescindible, sin necesidad de insistir más de la cuenta en que la única riqueza éticamente admisible es la que se asienta sobre firmes bases de sostenibilidad. ¿Quién va a resultar tan inconsciente -o, mejor, tan estúpido- como para erigir un castillo que, tras un disfrute corto e irresponsable, se derrumbe ante -o sobre- sus sucesores? Pero tampoco vamos a olvidar que tal objetivo productivo debe ser fruto de la aplicación rigurosa -que carezca de método es asunto que dejo para comentario posterior- del conocimiento adquirido, y de la experiencia también. De manera que como en tantas otras materias, desde luego en la arquitectura en la que profeso, la historia es un material vivo de acuciante interpretación, aunque convenga evitar la reinención de la misma. Como pasado y futuro se encuentran en la acción instantánea de un presente difícil de atrapar, experiencia e innovación pueden apreciarse como etapas inconclusas de un proceso productivo que se retroalimenta y se modifica en su propia evolución como si de un desarrollo enzimático se tratara.

Maison Weissenhof-Siedlung en Stuttgart. Le Corbusier



No es noticia para un arquitecto -y no pretendo exclusividad alguna- que cada trabajo por realizar exija su propio tratamiento y tenga su grado correspondiente de novedad. Al heracliticismo del principio del río que jamás pasa dos veces por el mismo sitio podemos añadir otro más modesto: "jamás un arquitecto hizo dos veces la misma casa"... "nunca se podrá hacer dos veces el mismo proyecto". El análisis concreto de la realidad concreta (vieja máxima que conservo de la sólida formación marxista que me autoimpuse en mi antifranquista juventud) es el primer paso imprescindible en la acción arquitectónica con independencia del tamaño -suele decirse equivocadamente escala- de la intervención. Ya sea interiorismo, ya diseño territorial, el arquitecto debe acometer su trabajo por el re-conocimiento del lugar y por la re-formulación del programa. Es decir, por una suerte de digestión autobiográfica de los valores objetivos que uno y otro nos ofrecen, hasta convertirlo en el destilado personal -y subjetivo- que lo diferenciará de cualquier otra operación aparentemente similar; pero sólo aparentemente.

Así que esa ausencia metodológica -ya anuncié que volvería sobre el tema- no es sino la necesidad perentoria de interpretación creativa y no burocrática de los problemas o, lo que es lo mismo, la renuncia consciente a la búsqueda de las soluciones entre los catálogos de rutinas o las colecciones de jurisprudencia que, sin embargo, necesitamos tener en nuestras bibliotecas profesionales. la arquitectura moderna puede jugar (lo está jugando ya de hecho) un papel preponderante en dar forma (que no es otro al fin y al cabo nuestro oficio) a esas estrategias de desarrollo sostenible en las que el paisaje, ya sea "natural", rural o urbano, resulte objeto de atención preferente, ya que se acaba nutriendo de infraestructuras, carreteras, explotaciones agrícolas, asentamientos residenciales, parques tecnológicos, temáticos, lúdicos o deportivos, polígonos industriales y cualesquiera otras formas de intervención del hombre en la naturaleza con el objetivo de mejorar (y de mejorarla, que si no la mejora no es suficiente). Y la idea de modernidad, de modernidad auténtica, adherida a lo sustancial de las arquitecturas más definitivamente hermosas. La innovación, la innovación permanente como el mejor garante de la vida misma, desde el respeto profundo por el patrimonio hasta el riesgo calculado de la búsqueda de lo inexistente. De manera que lo nuevo es la prueba fehaciente de que el pasado existe.

Umbrellas. Christo & Jean Cloude. California (EE.UU.)



Innovación entonces, como algo más que una forma de calificar o de cualificar una acción; como una estrategia, una hoja de ruta y una intervención, eso sobre todo, una intervención. Es hora de pasar a la acción, si se me admite el tono de arenga. Porque es evidente que sin acción no hay innovación posible y, la innovación como simple categoría teórica resulta un oxímoron monumental.

De manera que desde los territorios inteligentes o las ciudades territorio de Vegara, hasta la caracterización que como singularidad propia configura el activo más importante de un área territorial, no son sino el propio marco de innovación.

Entre los primeros cabe indagar entre los indicadores positivos, no explotados en la actualidad y la capacidad de un territorio de dar respuesta competitiva en un mercado hasta entonces inexplorado; y entre las segundas se debe prestar atención no sólo a las megápolis o a las metrópolis, sino también a las redes de ciudades. Los ejemplos habituales de ecoturismo, paisajes del vino, turismo rural u otras formas "light" de ocio humano no agotan las posibilidades que la importante biodiversidad de la Comunidad Valenciana nos ofrece. Y es cuestión de empezar a estudiarla caso por caso, tal vez previa delimitación de unidades paisajísticas (la denominación no es definitiva), para proponer modelos formales de intervención. Creo que la Dirección General de Paisaje está en ello.

Parque Natural de la Albufera de Valencia



La arquitecta italiana Francesca Sorricaro, a la que tengo el gusto de citar, ha trabajado sobre un modelo de polígono industrial sostenible que ha empezado a construirse con carácter experimental. Ésta y otras experiencias como el Ecobulevar de Vallecas de Ecosistemas Urbanos pueden considerarse una base datos y una base de trabajo, una plataforma disciplinar para la redacción y la ejecución de proyectos concretos.

Lejos de pensar que la búsqueda de la óptima calidad ambiental debe resultar un sacrificio, ni en costes económicos, ni en hábitos sociales, apuesto por la divulgación de una cultura de la sostenibilidad entre la sociedad que obviamente debe comenzar en la enseñanza primaria para mantenerse en cualquiera de los aspectos que componen ese gran conjunto de instituciones y organismos que imparten cultura cívica.

Ecobulevar de Vallecas (Madrid). Ecosistema Urbano.



Sin embargo, hay una creencia generalizada de que desarrollo y respeto medioambiental son términos prácticamente opuestos, que un territorio -por ejemplo- como el del litoral de la Comunidad Valenciana, no es capaz de admitir mayores índices de ocupación de suelo ni mayores cotas de urbanización y por duro que suene leerlo, eso es muy parecido a decir que el desarrollo debe impedirse. Me encuentro en una posición tan lejana a este punto de vista que, por el contrario, creo que un desarrollo sostenible es posible y más precisamente por las condiciones propias de este territorio, e implica -entre otras cosas- una revisión de lo ya construido cuando los niveles de exigencia en esta materia fueron menores.

La agricultura y la urbanización han sido, desde siempre, las principales acciones humanas de modificación de la naturaleza, de creación de paisaje y tal vez los modelos híbridos, de asentamientos rurales, o los subproductos cultos que de ellos se hayan derivado (garden-city, siedlung, y otras maneras "soft" de ocupar el suelo con usos residenciales), son los que mejor representan modelos generalmente aceptados tanto por los especialistas como por la opinión pública e incluso sancionados por la teoría del "buen hacer" o distinguidos por premios y galardones. Y también está claro o, desgraciadamente, mucho más claro, que en el extremo opuesto, en el de la peor calidad ambiental del resultado final, están las intervenciones más agresivas, las que representan las mal llamadas urbanizaciones ilegales o las que ajustándose en la letra a la legalidad más estricta la burlan finalmente por su voracidad especulativa y por el feísmo congénito de su resultado formal.

Lechtworth. Hertfordshire. Primera Ciudad Jardín. (UK)



Sin embargo no se trata tanto de buscar soluciones a los problemas existentes, ni siquiera de hacerse las preguntas adecuadas para el encuentro de las respuestas pertinentes. Se trata de enunciar problemas nuevos y proponer las soluciones desde el origen, desde su reconocimiento, de manera que en las preguntas, están implícitas las contestaciones adecuadas. Eso es innovación.

Soy de los que parto de la idea de que el paisaje es una suerte de naturaleza domesticada, intervenida por la mano del hombre, inventada o reinventada. También de los que entiendo que el concepto de territorio alude a algo más que a un pedazo de la corteza terrestre -ya sea tierra o agua-, ya que de alguna manera habla de sus límites, de sus atributos, y también de su topología o de su toponimia; y de ahí esa oportuna liaeson con el concepto de cultura (que podríamos bien a gusto extender al concepto de cultivo). Me interesa la idea - y la intención- de "naturaleza intervenida" e incidir en ella desde una posición desdramatizada, fresca, que se compadece mejor con la noción de calidad de vida y de sostenibilidad a un tiempo, que otras formas aparentemente más radicales, "ismos" de diferentes raíces que suelen emparentar con fundamentalismos y fanatismos varios. Por el contrario, una forma natural de entender el paisaje como entorno, como marco, de la actividad ciudadana en su conjunto, desde el ocio al negocio, desde la vida doméstica hasta la movilidad laboral; y por ende, incorporado a ella misma, como parte de la comprensión de una realidad que no puede entenderse enajenada del escenario en que se está ejecutando.

Imagen aérea de la huerta de Valencia (España)



Y quiero destacar una clave de lectura identitaria por la que el paisaje se erige en la mejor y más natural representación de la identidad territorial y de la autoestima por el territorio; ninguna mejor seña de identidad que el amor por la tierra, por la tierra propia.

Como en las técnicas de las artes marciales más conocidas, el truco está en aprovechar la fuerza de tu contrario y en esta ocasión hay dos contrarios, dos oponentes más bien, de extraordinaria potencia: el propio territorio por un lado y la presión social por el otro. De ambas, y de su interrelación más íntima, se deducen los indicios de un "modus operandi" tan imaginativo como riguroso, coparticipado y aglutinante de una autoestima por el territorio tal vez debilitada en los comienzos de una modernidad que nació ya muy lastrada por la herencia de un desarrollismo feroz. La oportunidad es verde como la hierba, azul como el mediterráneo, y está en nuestras manos si nos ponemos a la labor de forma interdisciplinar, si el progreso -como no ha sido nunca- no se opone a los valores más sólidos de nuestra historia, y no es excusa sino permanente estímulo de superación añadiendo lo mejor a lo mejor de lo que ya se tiene.

Valencia, enero de 2009

AMAR MI TERRITORIO

José María Lozano Velasco

Surgida en un primer momento como medio de difusión de los mejores proyectos Final de Carrera de nuestros alumnos, la entusiasta acogida de las primeras ediciones de la serie H20³ nos ha animado a continuar con la labor divulgativa de esta publicación ampliando incluso su espectro de contenidos.

Los próximos números de la serie van a presentar monográficamente los trabajos más relevantes realizados en los últimos años por los profesores del Taller H de Proyectos Arquitectónicos de la ETSAV.

Con esta nueva iniciativa, pretendemos crear una visión de conjunto sobre la arquitectura producida en el entorno de nuestro taller, y una visión más cercana de nuestros propios proyectos, publicándolos conjuntamente con los de nuestros estudiantes.

Esperamos que esta serie pueda llegar a convertirse en el nuevo punto de encuentro de todos nosotros fuera de las aulas.

Los profesores del Taller H.



ESCUELA TÉCNICA
SUPERIOR DE
ARQUITECTURA DE
VALENCIA



CÁTEDRA ARQUITECTURA SOSTENIBLE
www.arqsostenible.upv.es
catedra.arqsostenible@upv.es



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA